

HERENCIA

Madre, siempre se te mueren las plantas,
porque tu cuidado puede ser letal:
como el exceso de agua en la raíz;
como el amor desbordado que riegas
en quienes no lo merecen,
en quienes ignoran el agua que das
y luego se quejan
del árido desierto de tu enojo.

Las plantas precisan para crecer
de números y sílabas de sol,
de todo un abecedario de sombras,
como yo precisaba para crecer
y aprender a andar,
llamándote al caer,
con pies de musgo.

Madre, Deméter desconsolada,
ya no me queda corta la ropa,
pero me quedan largas
las jornadas de labranza,
y el lento girar de las estaciones.
Tú lo sabes:
las flores, hoy, son promesas;
mañana, secretos sepulcrales.

Nos quedará como herencia esta colmena vacía,
y en el alma, una migración de abejas,
dispuestas a morir, como yo,
por una reina y una miel sin esperanza.

¿Con qué voz llamarte a través del otoño,
cuando mi lengua sea la lengua del polen?
¿Cómo cercar el cosmos de tu cabello,
si no es con tu peine de estrellas incendiado?

Heredaré tu agonía
y la pureza extremada
de los límites de esta carne desleal,
forjada a tu medida.

Madre, siempre se te mueren las plantas,
porque tu cuidado puede ser letal.
Cuídalas como cuidabas a tus hijos:
tus cuervos, nacidos de tus entrañas,
cuyos plumajes acogerán
la noche de tus postreras cenizas,
fieles al sortilegio de tus ojos,
guardianes de tu vejez y tus sortijas.